

## LA GUERRA HISPANO-NORTEAMERICANA EN FILIPINAS

Andrés MÁS CHAO  
General de División. DEM

**Y**A desde antes de la voladura del *Maine* se encontraba en aguas asiáticas una escuadra norteamericana al mando del comodoro Dewey que, el 25 de febrero de 1898, recibía órdenes de dirigirse a Hong Kong para aprovisionarse de carbón, ante la posibilidad de que estallase un conflicto bélico con España y debiera operar contra Manila. Dicha escuadra estaba compuesta por los cruceros *Olympia*, *Baltimore*, *Boston* y *Raleigh*; los cañoneros *Concord* y *Petrel*; el aviso *MacCulloch* y los mercantes *Zaf-hire* y *Nasham*. La orden de dirigirse a Filipinas sería recibida el 27, saliendo al día siguiente hacia aguas de aquel archipiélago después de recibir a bordo del buque-almirante al cónsul norteamericano en Manila, –salido de la capital el 24– que le proporcionó datos de la escuadra española. Mientras tanto, en Manila continuaban los preparativos de defensa que había iniciado Primo de Rivera, si bien éstos eran más teóricos que reales, debido a la escasez de medios existentes y la falta de previsión sobre lo que se avecinaba<sup>1</sup>, reduciéndose prácticamente dichos preparativos a la instalación de

---

<sup>1</sup> SASTRÓN, Manuel: *La insurrección filipina y la guerra hispanoamericana en el Archipiélago*. Madrid, 1901, p. 378–380. Sólo se tenían otros catorce torpedos para barrear la entrada de Las Bocas y cuando se intentó fondearlos se descubrió que no había espoletas. Para la instalación eléctrica de Subic hubo que comprar el cable que transportaba una buque inglés de la compañía de cable de Hong Kong, pues el existente se había averiado al estar instalado con anterioridad y no haberse cuidado de su mantenimiento.

dos cañones *Ordóñez* en la Punta Sangley y pequeñas mejoras en las baterías y fortificación de Cavite, Manila y Las Bocas. En cuanto a las fuerzas de tierra con que se contaba estaban muy disminuidas después de dos años de guerra y las enfermedades propias del archipiélago, concentrándose la mayor parte de ellas en la capital, donde también llegarían algunas unidades de voluntarios indígenas que se formaron al estallar la guerra, —como el Batallón de Macabeles y el Tercio Anda y Salazar. Igualmente en estas fechas el general Agustí envió a su familia a La Papanga, provincia tradicionalmente fiel a España, a cargo de la familia Blanco que en el anterior conflicto había perdido un hijo en lucha con los insurrectos<sup>2</sup>.

El almirante Montojo, por su parte, ante la evidencia de la absoluta inferioridad en armamento y protección de los buques bajo su mando directo frente a los del enemigo, que hacía inviable un encuentro en mar abierto<sup>3</sup>, decidió, de acuerdo con el Capitán General, no oponerse en fuerza a la entrada de los americanos en la bahía de Manila y defender la capital<sup>4</sup>; para ello llevó sus buques lejos de la ciudad, situándolos parte en la bahía de

<sup>2</sup> Los efectivos con que se contaba en el archipiélago eran: Infantería: siete regimientos indígenas a dos batallones (de unos seiscientos hombres) y quince batallones expedicionarios de Cazadores (también a seiscientos hombres); Caballería: dos escuadrones (mixtos); Artillería: un regimiento de Plaza y uno de Montaña; Ingenieros: un batallón de obreros y unidades de Administración Militar y Sanidad. También se contaba con dos batallones de Infantería de Marina, tres tercios (indígenas) y Sección Veterana (europeos) de la Guardia Civil, mas una unidad de Carabineros. La Escuadra la integraban los cruceros *Isla de Cuba* (protegido), *Castilla*, *Reina Cristina*, *Don Antonio Ulloa*, *Don Juan de Austria* y *Velasco* (no protegidos, de segunda clase) y los de tercera *Elcano*, *General Lezo* y *Marqués del Duero* (no protegidos), mas varias cañoneras y transportes.

<sup>3</sup> GÓMEZ NÚÑEZ, Severo: *La guerra hispano-norteamericana. Puerto Rico y Filipinas*. Madrid, 1902, p. 128–131. En resumen: *Escuadra española*: diez mil trescientas cuarenta y una toneladas de desplazamiento. Dos cruceros con casco de acero y sesenta y dos mms. de protección, tres con casco de hierro, uno de casco de madera y un cañonero con casco de hierro; un cañón del 16 de avanguardia, dos del 15, veinticuatro del 12 (dos de avanguardia y de bronce), dos de 8'7, cuatro de 7'5, seis del 7'35 de tiro rápido (de 57, 42, y 37 mms.) y diecisiete tubos lanzatorpedos. *Escuadra americana*: diecinueve mil noventa y ocho toneladas de desplazamiento. Cuatro cruceros con casco de acero (dos con protección de más de 100 mms. y dos con 63 y 38 respectivamente) mas dos cañoneros con casco de acero; diez cañones del 20, veintitrés de 15, veinte del 12 de t.r., cincuenta y dos de t. r. (de 57, 47 y 37 mms.) y quince tubos lanzatorpedos.

<sup>4</sup> SALINAS Y ANGULO, Ignacio: *Defensa del General Jáudenes*. Madrid, 1899, p. 22; TORAL, Juan y José: 1898. *El sitio de Manila. Memorias de un voluntario*. Manila, 1899, p. 32. Esta decisión fue muy controvertida, aunque parece lógica teniendo en cuenta que para la defensa de Las Bocas (entradas en la bahía) se contaba con las baterías de Punta Restinga, Islote del Fraile, Pulo Caballo, Corregidor, Punta Gorda y Punto Sisiman, cada una con una batería de tres cañones (antiguos, de corto alcance y con importantes fallos en su instalación). Además, la falta de torpedos (fueron solicitados muy tarde y cuando estalló la guerra estaban en Singapur donde los ingleses los detuvieron), minas y otros obstáculos no hacían factible intentar detener a una potente escuadra, dada la amplitud de los pasos (cinco kilómetros la Boca Chica —al norte— y catorce la Grande —al sur—, dividida en tres por los islotes, de forma que solo podían hacer fuego dos o tres baterías sobre los buques).

Cañacao y parte en la de Baacor, con una profundidad de ocho metros, para impedir la excesiva aproximación de los americanos y poder combinar sus fuegos con las baterías de Punta Sangley y Ulloa, de forma que, protegiendo Manila con sus fuegos, se evitara al mismo tiempo que fuese bombardeada al producirse el combate entre las escuadras. El día 30 Montojo situó su escuadra en línea de batalla y, sobre la medianoche, el fuego de la batería de Corregidor avisó del paso de la escuadra americana, haciéndolo después algunas otras piezas de Las Bocas, que fueron contestadas por el *Mac Culloch* y el *Boston* sin detener su marcha hacia el interior de la bahía<sup>5</sup>.

A las cuatro horas y cuarenta y cinco minutos de la mañana el *D. Juan de Austria* señalaba la presencia de la escuadra americana, que se situó en línea a unos seis mil metros de la española, y a las cinco la batería de Punta Sangley abría fuego, tras lo que lo hicieron una de las baterías de Manila, (la de La Luneta) y los buques, contestando inmediatamente al fuego los americanos; los cuales, gracias a la mayor rapidez de tiro y alcance de sus piezas, descargaron una lluvia de fuego sobre nuestros buques sin que éstos pudieran responder con eficacia. Pronto el *Reina Maria Cristina*, que enarbolaba la enseña del almirante, estuvo fuera de combate y, muerto su comandante, el capitán de navío Cadarso. Montojo ordenó su hundimiento y abandono, trasladándose al *Isla de Cuba*; después se hundió el *Antonio Ulloa* con la pérdida de su comandante y muchas bajas en su tripulación; el *Castilla* se fue a pique después de ser abandonado, mientras que el *D. Juan de Austria*, el *Isla de Luzón* y el *Marqués del Duero* sufrieron graves averías. A las siete y media la escuadra norteamericana suspendía el fuego por creer Dewey que estaba escaso de munición, pero lo reanudaría a las once y cuarto al comprobar que no era así, terminando con la destrucción de la escuadra prácticamente sin oposición, pues a los pocos momentos de reiniciarse el combate, ante la inutilidad de mantenerse en los buques, el almirante Montojo ordenó su abandono, trasladándose a Cavite. El resultado del combate fue el que cabía esperar dada la diferencia de potencial entre ambas escuadras; las bajas propias fueron setenta y ocho muertos y doscientos cuarenta y cinco heridos, frente a unos pocos heridos norteamericanos (Dewey dio siete en su parte de novedades, pero al menos hubo uno más según el comandante del *Baltimore*)<sup>6</sup>, producidos por la batería de Punta Sangley que

---

<sup>5</sup> TORAL: *Op cit.*, p. 62. Al acordarse situar la escuadra española en el arsenal de Subic –que luego no se realizó– se desatendió potenciar estas baterías y sólo a finales de abril se mandaron las fuerzas que debían protegerlas, encontrándolas en tan mal estado que no estaban en condiciones de una mínima eficacia.

<sup>6</sup> GÓMEZ NÚÑEZ, Severo: *Op. cit.*, pp. 141–143.

desde el comienzo del combate actuó con gran eficacia, alcanzando entre otros al *Baltimore* con su fuego.

Terminado el combate naval, el fuego de la escuadra americana se concentró sobre Cavite<sup>7</sup>, donde se habían refugiado parte de los heridos de los buques españoles, entre ellos el almirante Montojo. Como había pasado con la escuadra, la potencia de fuego americana barrió las antiguas defensas españolas y a poco de sufrir sus efectos apareció sobre el arsenal una bandera blanca, al parecer con objeto de solicitar una tregua para evacuar mujeres y niños. El comodoro Dewey contestó a esta petición, según algunas fuentes españolas, que no teniendo otro objetivo que destruir la escuadra española y apoderarse del arsenal y habiendo conseguido lo primero, renunciaba a lo segundo y a la plaza a cambio de que se quemasen los barcos que quedaban y que las baterías de Las Bocas no hostilizasen a los americanos al salir de la bahía<sup>8</sup>. El mando del arsenal accedió a esta propuesta y dispuso que los buques españoles no hundidos todavía fueran pasto de las llamas, dando asimismo orden a las baterías de Las Bocas y de Punta Sangley que cesaran su fuego, indicándosele a esta última, que aun con una sola pieza en eficacia hacía frente a los poderosos buques americanos, que retirara su personal sobre el arsenal. Por otro lado, Dewey envió un mensaje al Capitán General amenazando con bombardear la ciudad si seguían disparando las baterías de Manila, ante lo que el Capitán General tomó la decisión de ordenar la suspensión del fuego<sup>9</sup>.

Tras cesar el fuego, el mando americano en vez de retirarse intimó al abandono de la plaza de Cavite junto con el del arsenal, amenazando con bombardearla si no se cumplía su exigencia; a ello contestó el general Peña, comandante de la plaza y provincia, que él no se había rendido ni había tenido participación en el acuerdo aceptado por el comandante del arsenal, siendo además un mando independiente de éste; pero Dewey, tras una serie de contactos para aclarar la situación, al día siguiente, cuando ya se había retirado la guarnición del arsenal y la marinería salvada de los buques, persis-

---

<sup>7</sup> Idem: *Op. cit.*, p. 153 y ss. La plaza al mando del general García Peña contaba en total con unos setecientos hombres. En el arsenal, un pequeño destacamento de Infantería de Marina (hubo que emplear la mayoría para completar la dotación de los buques) y una compañía incompleta de guardias de arsenales.

<sup>8</sup> TORAL: *Op. cit.*, p. 50. Es, sin embargo, difícil de creer que el almirante norteamericano diese esta contestación, pues no es lógico que su misión fuera exclusivamente ésta; GÓMEZ NÚÑEZ: *Op. cit.*, p. 164. Señala que Dewey comunicó a su Gobierno que al ver bandera blanca consideró que se rendía la base de Cavite.

<sup>9</sup> TORAL: *Op. cit.*, p. 140. En su defensa cabe decir que su artillería no tenía la más mínima posibilidad de hacer daños importantes a la escuadra americana, pero ésta sí podía infligir un duro castigo a la ciudad.

tió en su idea de que la rendición comprendía la totalidad de la plaza y el arsenal. Al mismo tiempo los buques americanos se iban aproximando para dominar con sus fuegos el istmo de Dalahicán, único camino de retirada de la fuerza; por lo que, tras recibir autorización de su mando superior, el general Peña se retiró con sus hombres al otro lado del istmo, después de clavar las piezas, inutilizar los explosivos y enterrar lo que no se podía llevar. Simultáneamente, los tagalos entraban en el arsenal y la ciudad saqueando cuanto encontraron, sin que los norteamericanos, con quienes se había pactado la evacuación y se les había comunicado que se dejaban allí los heridos por no poder transportarlos, desembarcaran ninguna fuerza para controlar la situación.

A las nueve de la mañana del 3 de mayo la guarnición de la plaza de Cavite llegaba a San Francisco de Malabón donde quedó acantonada, estableciendo contacto el general Peña con el resto de las tropas dependientes de su mando, aproximadamente unos dos mil hombres de los que unos mil eran europeos, con las que organizó una línea defensiva frente a Cavite y la costa este, basada en los pueblos de Naic, Santa Cruz, Rosario, Noveleta, Cavite Viejo, con dos núcleos más retrasados en San Francisco de Malabón e Imus y una línea de vigilancia desde la playa de Baacor hasta el Zapote. Por su parte, la marinería de la escuadra y las fuerzas del arsenal continuaron su camino hasta Manila, desde donde posteriormente algunas unidades de Infantería de Marina reforzarían las fuerzas del general Peña. Desde el día 3 de mayo hasta finales de dicho mes, la situación permaneció estacionaria, al no tener los americanos fuerzas de desembarco y mantenerse los tagalos en una aparente calma: lo que hubiera permitido al Capitán General tomar alguna determinación con vistas a hacer frente a las posibles eventualidades que podían sobrevenir. De un lado, ante un más que posible renacimiento de la insurrección, debería haber concentrado sus efectivos bien sobre Manila, bien sobre las cabecezas de las comandancias, en vez de mantener una total dispersión de fuerzas que no le permitirían hacer sentir su acción de mando, ni a sus subordinados reaccionar ante cualquier suceso. Por otro lado, si consideraba que los filipinos permanecerían fieles a España y su solo enemigo eran los americanos, podría haberse retirado de Manila, que era indefendible frente a su escuadra y concentrar sus fuerzas en el interior, para desde allí contraatacar cuando aquéllos intentaran dominar la isla. Sin embargo, todo lo que hizo fue mantenerse a la expectativa y, con objeto de aumentar sus efectivos, publicar un decreto el 4 de mayo creando las Milicias Voluntarias Filipinas, cuyos mandos procederían de ellas mismas, teniendo sueldos, distinciones, derechos a recompensas y beneficios similares a los



Mayor general Wesley Merritt,  
jefe de la primera expedición de tropas  
enviadas a Filipinas.



General Nelson A. Miles,  
general en jefe del ejército norteamericano.



Comodoro George Dewey,  
almirante de la escuadra norteamericana  
en Filipinas.



Mayor general Edw. S. Otis,  
jefe de la segunda expedición de tropas  
enviadas a Filipinas.

*Jefes norteamericanos de la escuadra y de las tropas expedicionarias a Filipinas.*

regimientos del ejército del archipiélago<sup>10</sup>. Por su parte los navíos norteamericanos, tras decretar el bloqueo de la capital filipina el ya almirante Dewey, se conformaron con navegar a sus anchas por la bahía de Manila, en donde apresaron al práctico del puerto con el buque *Vigía*, que había salido a petición del cónsul inglés y bajo salvaguarda del pabellón británico para conducir a puerto una corbeta inglesa. A partir de esta fecha comenzarían a llegar a Manila buques de guerra de distintas nacionalidades, para preservar los derechos de sus súbditos que pudieran verse afectados por este conflicto; así, el 7 entrarían un acorazado francés y un crucero alemán.

Mientras sucedía esto en Filipinas, Emilio Aguinaldo se había puesto en contacto con los norteamericanos y después de diversas reuniones, el 23 de abril se firmaba un acuerdo en el que se comprometía a ayudar a los americanos en su lucha con España levantando en armas a sus partidarios; en contrapartida Estados Unidos le proporcionaría armas y medios para reactivar la insurrección tagala y una vez alcanzado el éxito se proclamaría la República de Filipinas con un gobierno independiente bajo protectorado americano. Trasladado Aguinaldo y el resto de los firmantes del acuerdo a Hong Kong y ratificado el convenio por Dewey, serían embarcados en el *Mac Culloch* para llevarles a Cavite, donde desembarcaron el 22 de mayo con abundante armamento proporcionado por los americanos. Mientras tanto, en el archipiélago, al numerosísimo voluntariado que se presentaba para apuntarse en las recién creadas milicias filipinas, se le había comenzado a organizar y a dotar de armamento, designando como mandos de la mayoría de ellas a jefes de partida de la insurrección anterior, olvidando prácticamente a aquellos filipinos que se habían mantenido fieles; de manera que este voluntariado se entregaba a quienes en fechas muy recientes habían combatido por la independencia, personas de las que por lo menos debía, en principio, desconfiarse de su fidelidad a la causa española. Según algunos autores, el Capitán General consultó previamente al coronel de Voluntarios Eugenio Blanco, uno de los filipinos más prestigiosos y leales, sobre su proyecto de designar como mandos a los rebeldes más notorios; medida que, con las concesiones de autonomía aprobadas, estaba seguro que se acallarían sus anhelos independentistas. En la misma entrevista, el general Agustín ofreció al coronel Blanco darle el mando de la Comandancia del Centro de Luzón. Éste rechazó el cargo y aconsejó al Capitán General que no se fiara de las manifestaciones de arrepentimiento y colaboración de aquéllos

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp. 65-70.

que hasta hacía meses eran sus enemigos, a los que debía, más que entregarles armas, tener vigilados; sin embargo, Augustí no hizo caso de estas advertencias y mantuvo su idea, que posteriormente se demostraría totalmente equivocada.

A partir de la derrota naval de Cavite y abandono de esta plaza, comenzaron a detectarse movimientos de partidas y nuevas agresiones a viajeros y familias aisladas, lo que unido a las noticias de una próxima llegada de Aguinaldo hizo que se considerara probable un renacimiento de la insurrección tagala; por otra parte, la permanencia de la escuadra americana ante Manila, también daba visos de verosimilitud a las noticias de que los Estados Unidos estaban preparando una fuerza de desembarco para ocupar en fuerza la capital del archipiélago. Como contrapartida a estos rumores se podía considerar el buen éxito obtenido por las recién creadas milicias filipinas en todas las provincias de Luzón; gracias a ello, el 22 de mayo se podía contar con unos catorce mil milicianos, que se pusieron a las órdenes de los jefes de comandancias y demarcaciones, duplicando y en muchos casos superando las fuerzas regulares existentes en ellas. Este aumento de efectivos hizo pensar al general Augustí que el conjunto de la isla de Luzón quedaba asegurado ante un intento de insurrección o un desembarco americano; si bien, en el caso de cumplirse los negros pronósticos de Blanco, compartidos por la mayoría de la población europea del archipiélago, si estas milicias y la tropa indígena traicionaban sus banderas, se pondría en un gravísimo compromiso a la tropa peninsular y a la permanencia misma de España en las Filipinas. Asegurado así, según él creía, el conjunto de Luzón, el Capitán General dictaba el día 26 las órdenes convenientes para la defensa de Manila ante un posible ataque por mar o tierra; de acuerdo con ello, distribuyó las fuerzas estacionadas en la ciudad formando una especie de doble sistema defensivo: 1º una serie de líneas exteriores (Muntinlupa–Las Piñas, Muntinlupa–Taguig, Tambobong–Montalbán–Mariquina y San Juan del Monte–Santamesa) que cubrían los accesos a la ciudad desde las provincias de Cavite y Manila, Laguna de Bay y provincias de Morong y Bulacán; 2º una línea de defensa inmediata de la ciudad, dividida en tres sectores, al mando de los generales Arizmendi –jefe de la Artillería–, Rizzo –jefe de Ingenieros– y Palacios; aparte, existían una serie de columnas volantes, fuerzas de defensa interior de la plaza y reserva para reaccionar ante posibles rupturas del sistema o algaradas interiores (cuadros núms. 1, 2 y 3<sup>11</sup>).

---

<sup>11</sup> GÓMEZ NÚÑEZ: *Op. cit.*, pp. 202–206 y 174–175.

**CUADRO I**  
**DISTRIBUCIÓN DE LAS FUERZAS DE INFANTERÍA**  
**EN LA PLAZA DE MANILA**

<b>Ciudad murada y línea de San Antonio Abad al Malecón sur</b>		
	4 cías. de Cazadores	400 hombres aprox.
	3 cías. de rgts. indígenas	300 " "
Gral. Arizmendi	2 cías. de leales volunt. (e)	200 " "
	Personal diversos cuerpos (e)	600 " "
<b>Línea del Malecón norte a Vitas</b>		
	1 cía. de Carabineros (i)	100 hombres aprox.
Gral. Palacios	Volunt. Papangos (i)	200 " "
	2 cías. de marinería (e)	200 " "
<b>Línea de fortines y blocaos</b>		
	7 cías. de Cazadores	700 hombres aprox.
Gral. Rizzo	2 cías. de rgts. indígenas	200 " "
<b>Línea de Muntinlupa a Las Piñas</b>		
	Tercio de Anda Salazar (i)	650 hombres aprox.
Cor. V. Pintos	3 cías. de Cazadores	280 " "
	Guardia Civil (i)	
<b>Línea de Muntinlupa a Taguig</b>		
	Tercio Bayambang (i)	400 hombres aprox.
Cor. Lasala	1 cía. de Cazadores	100 " "
	Guardia Civil	
<b>Línea de Tambobong, Montalbán, Mariquina</b>		
	Batallón de Guías (m)	300 hombres aprox.
Cor. Carbó	2 cías. de Cazadores	150 " "
	Guardia Civil (i)	30 " "
<b>Línea entre Santa Mesa y San Juan del Monte</b>		
Tte. Cor. Alberdi	1 cía. de Ingenieros (i)	100 hombres aprox.
<b>Zona de San Juan del Monte</b>		
Tte. Cor. Colorado	2 cías. de Cazadores	200 hombres aprox.
<b>Columnas Volantes</b>		
Tte. Cor. Hernández	3 cías. de Cazadores	300 hombres aprox.
	2 cías. de rgto. 73	200 " "
Tte. Cor. Soro	4 cías. de Cazadores	400 " "
	1 cía. rgto. 70	100 " "
Tte. Cor. Iglesias	Batallón Caz. núm. 5	600 " "
<b>Arrabales de Manila</b>		
	3 cías. de Cazadores	300 hombres aprox.
	1 cía. rgto. 70	100 " "
	Voluntarios de S. Miguel(e)	250 " "
Cor. F. Pintos	Guerrilla del Casino (e)	150 " "
	5 cías. de Voluntarios (e)	500 " "
	3 cías. del Bon. Provis. (e)	500 " "

**CUADRO 1 (continuación)**  
**DISTRIBUCIÓN DE LAS FUERZAS DE INFANTERÍA**  
**EN LA PLAZA DE MANILA**

<b>Guarnición en cuarteles y Reserva</b>		
Rgto. Artillería Mont.(1)(e)	400	hombres aprox.
Rgto. Artillería de Plaza (e)	100	“ “
Rgto. de Lanceros (2) (i)	200	“ “
Escuadrón de Voluntarios(2)(e)		
2 cías. de Cazadores	200	“ “
4 cías. de rgtos. indígenas	400	“ “
1 cía. Bón. de Guías (m)	100	“ “
Batallón de Marinería (3)(e)	600	“ “
Guardia Civil Veterana (e)	750	“ “
Carabineros (e)	100	“ “
Voluntarios Papangos (i)	200	“ “

**Notas:** (1) Para servicio de las piezas de las posibles columnas de ataque.

(2) Para distribuir entre las columnas de ataque y servir de enlaces.

(3) Formado con personal proveniente de la escuadra.

(i) indígenas. (e) europeos. (m) europeos e indígenas.

**CUADRO 2**  
**DISTRIBUCIÓN DE LA ARTILLERÍA**

<b>Primer sector</b>	2 cañones de 9 cms. de bronce
	8 cañones Plasencia
	2 obuses
<b>Segundo sector</b>	6 cañones Plasencia
<b>Tercer sector</b>	6 cañones Plasencia
<b>Santa Ana</b>	2 cañones Plasencia
	2 cañones de bronce antiguos
	2 morteros
<b>San Juan del Monte</b>	2 cañones Plasencia
<b>Volte,s (por neces.)</b>	4 cañones de tiro rápido
	4 cañones de 9 cms.
	2 ametralladoras

El mismo día de la llegada de Emilio Aguinaldo a Cavite Nuevo desaparecía de Cavite Viejo su primo Bartolomé Aguinaldo, recientemente nombrado comandante de las milicias de la provincia, mientras Felipe Buenca-mino, jefe del Tercio Anda Salazar, una vez autorizado por Agustín, emprendía la marcha a Cavite para entrevistarse con Aguinaldo y convencerle que depusiera su actitud. Por su parte numerosos cabecillas, ahora comandantes de milicias, manifestaban que la venida de Aguinaldo no variaba nada sus sentimientos de lealtad a España. Pese a estas manifestaciones el general Peña hizo llegar al Capitán General su preocupación por la postura que tomarían las milicias; al tiempo que se veía obligado, dada la

**CUADRO 3**  
**FORTINES Y BLOCAOS DE LA LÍNEA PRIMO DE RIVERA**

Blocao de Santiago	25 hombres
Fortín del Cementerio de la Loma	40 “
Blocao del camino de Balinsanac	25 “
Blocao de Calucut	25 “
Blocao del Cementerio de Sampoloc	25 “
Blocao de Satol	25 “
Fortín camino de Santa Mesa a S. F <sup>o</sup>	40 “
Blocao de la Cordelería de Valenz.	25 “
Blocao de la posesión de Viademonte	25 “
Blocao del Puente de Pandacán	25 “
Blocao de la Concordia	25 “
Blocao del camino de Singalong	25 “
Fortín del camino de Pineda a Singalong	40 “
Blocao del camino de Maisubig a Singalong	25 “
Fortín de San Antonio Abad	40 “

**Nota:** Los fortines eran de mampostería, los blocaos de madera protegidos por un parapeto de tierra y entre cada dos posiciones había una distancia de un kilómetro.

escasez de fuerzas regulares con las que contaba, a retirar de Binacayán, Parañaque y de los restantes puntos de la costa de la bahía de Manila, las tropas de Infantería de Marina que estaban a sus órdenes (efectivos entre medio y un batallón), para reforzar su línea frente a Cavite y guarniciones próximas, solicitando al Capitán General un refuerzo de doscientos hombres para volver a guarnecer aquellas posiciones que representaban su enlace con Manila.

Ya a partir del 25 mayo comenzaron en la provincia de Cavite los encuentros entre los destacamentos y patrullas españolas y partidas de insurrectos, siendo los más importantes los ataques llevados a cabo contra Imus y Baacor, defendidos por fuerzas de Infantería de Marina y Guardia Civil que rechazarían a los atacantes; si bien una columna que salió de San Francisco de Malabón en su auxilio, al mando del comandante de Infantería de Marina Pazos, fue sorprendida y tras pasarse al enemigo las fuerzas indígenas que llevaba, así como muerto Pazos, tuvieron que retirarse. Por otra parte el 28 se supo en Manila que Felipe Buencamino se había unido a Aguinaldo, noticia que obligó a enviar desde Manila un destacamento de cincuenta cazadores para reforzar la guarnición del puente sobre el Zapote ante el peligro de que desertaran parte de las fuerzas a sus órdenes, como lo estaban haciendo cada vez en mayor número la tropa indígena y los voluntarios. El 29 puede considerarse que todo el territorio de Cavite se había levantado en armas contra España y después de un sangriento combate entre Baacor y Las Piñas, mantenido por fuerzas de Peña, se perdía el enlace con

este general. Con objeto de recuperarlo, el Capitán General disponía el día 30 la salida de una columna de socorro al mando del teniente coronel Soro; la cual, tras mantener un duro encuentro con el enemigo, no pudo pasar el Zapote, quedando desplegada en la orilla derecha de dicho río. Al día siguiente, los tagalos renovaron su ataque sobre estas fuerzas, estando a punto de romper su línea defensiva, momento en que su jefe solicitó refuerzos para resolver la situación, siendo enviada una nueva columna —la del teniente coronel Hernández— con dos cañones, que consiguió finalmente derrotar a los tagalos, si bien se tuvo que renunciar a enlazar con las fuerzas de Peña. Sólo entonces el general Agustín intentó, sin éxito, hacer llegar a su subordinado la orden de que concentrara sus efectivos y procurara retirarse sobre Manila. Sin embargo, era ya demasiado tarde y las escasas fuerzas europeas —la tropa indígena y los voluntarios se habían unido en su práctica totalidad a los insurrectos—, totalmente diseminadas, sin comunicación entre ellas, sólo podrían mantener sus posiciones, que poco a poco irían cayendo tras resistir dos, tres y hasta siete días el ataque de un enemigo que contaba ya con cañones de campaña, mientras las tropas de Peña sólo contaban con dos en Baacor. El día 2 se rendía San Francisco de Malabón donde se encontraba el general, después que lo hubiera hecho Noveleta; el 6 Puente Banalo, destacamento en el que el teniente Ristori, de Infantería de Marina, hizo una heroica defensa; ese mismo día cayó Baacor, cuya guarnición intentó retirarse por la costa a Manila sin conseguirlo, y el día 7 Imus y Cavite Viejo. A partir de dicho día sólo se mantenían en la provincia los destacamentos de Indag y Naic, ambos de entidad compañía reducida, que consiguieron resistir el primero hasta el 12, día que con tres muertos y quince heridos, al acabársele el agua y no tener medios para obtenerla se rindieron al enemigo, y el segundo hasta el 14, en que ya sin municiones ni víveres tuvieron que capitular<sup>12</sup>.

Mientras se perdía la provincia de Cavite, la recién organizada milicia de Pío del Pilar desplegaba en el Zapote después de que desertara de allí la mayor parte del Tercio Anda Salazar que había mandado Buencamino, pero el 2 de junio las columnas de Soro y Hernández, que se mantenían en dicha línea desde los combates del 30 y 31, se retiraron sobre la capital por orden superior, con lo que prácticamente quedaron sólo aquellas milicias para cerrar el paso a Manila de los sublevados de Cavite. El abandono de estas posiciones por dichas tropas motivó que el día 6, después de resistir cuatro días los ataques de los insurrectos, se pasaran al enemigo Pío del Pilar y sus

---

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 114; TORAL: *Op. cit.*, p. 122.

hombres, obligando al coronel Victoriano Pintos a retirarse con el resto de sus efectivos sobre la capital<sup>13</sup>. Por otra parte también el coronel Lasala, al encontrarse prácticamente cercado en Muntinlupa, se había visto obligado el día 2 a retirarse sobre Taguig y el 6, ante la presión de las masas de tagalos que atacaban sus escasas fuerzas, lo hacía hasta Santa Ana. Con esta retirada toda la provincia de Manila, excepto la capital, quedaba en poder de los hombres de Aguinaldo, manteniendo nuestras fuerzas fuera de ella solamente los pueblos de Colocán, Santa Ana, San Juan del Monte y Santolán, donde se situaba el depósito de aguas que abastecía la ciudad. Debe señalarse, asimismo, que, con fecha 7 de junio, prácticamente todas las milicias creadas por el decreto de 26 de mayo se habían pasado al enemigo siguiendo a sus jefes, haciendo bueno así los presagios de Eugenio Blanco; sólo los fieles macabeles, algunas unidades de papangos y del Tercio de Bayambang, al igual que algunos hombres sueltos permanecían fieles a España. De esta forma las fuerzas de Aguinaldo se vieron incrementadas en catorce mil hombres armados por nuestras propias autoridades.

Al igual que las de Cavite y Manila las provincias de Batangas y La Laguna se levantaron en armas ante el anuncio de la venida de Aguinaldo, quedando los destacamentos de tropa peninsular y voluntarios europeos aislados unos de otros y atacados por masas de indígenas, ahora mejor armados que antes de Biac-na-bató, al haber entregado los americanos a Aguinaldo gran número de fusiles y munición, contando además los desertores (milicianos, soldados y guardias) con el armamento español correspondiente. Ante lo comprometido de la situación el coronel Rodríguez Navas, mando accidental de la comandancia, ordenó la concentración de los destacamentos más pequeños sobre los de cierta importancia, en un intento de que tuvieran al menos todos unos cien hombres efectivos, en las cabeceras de batallón equivalentes a tres compañías y, en Lipa, donde tenía su puesto de mando el coronel, contar con unos quinientos hombres. Pese a estas medidas, la suerte de estos destacamentos fue la misma que los de Cavite, pues aislados, sin noticias del exterior y sin más medios que sus fusiles —cuando los tagalos contaban ahora hasta con artillería— fueron cayendo uno a uno. Solamente la guarnición de Lipa, que desde el 29 de mayo comenzó a ser hostilizada, consiguió mantenerse durante algún tiempo más, debido a sus mayores efectivos. El 6 de junio conseguiría unirse a ellos el destacamento de San Pablo, tras lo que el coronel Navas decidió intentar el rescate del de Calanca, —este

---

<sup>13</sup> TORAL: *Op. cit.*, p 98. Afirma que fue precisamente la retirada del coronel Pintos, sin avisar a Del Pilar, lo que obligó a éste a cambiar de bando, al quedarse solos en el Zapote.

puesto se rendiría el 10— para lo que envió una columna de doscientos hombres que fue rechazada por el enemigo. Después de este fracaso el coronel pensó en retirarse sobre el pueblo de Batangas, —cuyo destacamento aún resistía y se mantendría hasta el 9— donde sería más fácil defenderse en espera de socorros o al menos enlazar con Manila dada su situación en la costa. El intento se realizaría el día 7, pero nada más salir del pueblo la columna se encontró unas sólidas defensas enemigas que resistieron los tres asaltos que se realizaron para romperlas, por lo que la columna tuvo que regresar a su base. Desde dicho día hasta el de la rendición, los hombres de Navas tuvieron que rechazar continuos ataques del enemigo y realizar frecuentes salidas para impedir la ocupación de las casas próximas a los edificios en los que se habían hecho fuertes —los más sólidos del pueblo—; pero finalmente el 18 de junio, con el coronel herido grave —hubo que cortarle el brazo izquierdo— y noventa y nueve bajas más, de ellos treinta y tres muertos, se optó por la rendición tras reunirse una junta de mandos, dado que estaban escasos de munición y víveres y que se tenían noticias de la rendición del general Peña y de otros mandos importante<sup>14</sup>. En esta comandancia es de destacar también la actuación del comandante Pacheco Yanguas que resistió en Tayabas, aguantando la falta absoluta de víveres, hasta que después de tener veinticuatro muertos —once de ellos de hambre— se vio obligado a rendirse; igualmente el capitán Sequera resistió en Guaquit (La Laguna) con los cuarenta y cinco hombres que componían su destacamento, hasta que herido y con treinta y ocho bajas tuvo que rendirse. Por esta acción se le concedió la Laureada de San Fernando<sup>15</sup>.

La Comandancia del Centro de Luzón era al comienzo del conflicto el núcleo militar con más fuerza tras el de Manila, pues, bajo el mando del general Monet, contaba con tres batallones expedicionarios completos<sup>16</sup>, mas varias compañías sueltas (todas ellas peninsulares), además de las siguientes fuerzas indígenas: un batallón del Regimiento 73, unidades de Macabebe al mando de Eugenio Blanco, los voluntarios de Ilocos y de Pangasinan, mas las milicias recién creadas mandadas por el antiguo cabecilla Macabulos Solimán; sin embargo, como en las otras provincias, este importante conjunto de efectivos estaba repartido en diversos destacamentos de

---

<sup>14</sup> NEGREIRA POSETS, Juan y GARRIDO ALVARES, Leandro: *La guerra en Filipinas según el Teniente Verd Sastre*, p. 20–24. Obra inédita siguiendo las memorias del citado oficial. Datos cedidos amablemente al autor.

<sup>15</sup> Hojas de servicio de ambos oficiales.

<sup>16</sup> Los batallones expedicionarios, que llegaron en 1896–1897 con efectivos de más de mil hombres, estaban muy disminuidos al empezar este conflicto, siendo sus efectivos reales aproximados unos seiscientos a setecientos hombres.

diferente importancia, entre los que cabe destacar el de San Fernando donde se encontraba Monet y el de Macabebe, en el que se alojaba la familia del Capitán General bajo la salvaguardia de la familia Blanco y sus fieles voluntarios. A finales de mayo los asesinatos, ataques de pequeñas partidas y tiroteos que se venían produciendo desde primeros de mes, se convirtieron en un movimiento insurreccional generalizado de las provincias de Bulacán, Nueva Écija y La Papanga. Para mantener su línea de comunicación con Manila y castigar a los rebeldes, Monet debió efectuar algunas salidas que consiguieron su objetivo, siendo la más importante la que se llevó a cabo al mando del teniente coronel Dujols contra el pueblo de Ángeles, que fue tomado y destruido, continuando más tarde hacia Apalit y Bacolor, donde noventa macabebes al mando del capitán Méndez Villabrille mantenían la resistencia tras haber perdido la tercera parte de sus fuerzas, consiguiendo, asimismo, romper el cerco y liberar a aquellos valientes. Tras estos hechos la columna Dujols regresó a San Fernando a primeros de junio, donde el general Monet había recibido la orden de Augustí de concentrar sus fuerzas y trasladarse a Manila llevando con él a la familia del Capitán General.

La orden recibida era casi imposible de cumplimentar en aquellas fechas, pues la insurrección había tomado una enorme fuerza y las milicias de Macabulos, junto con numerosos guardias civiles y soldados, se habían pasado ya al enemigo. El día 14 de junio el general Monet, con los setecientos hombres que había conseguido reunir, mas un número importante de familias, personal civil y unos cincuenta heridos, salía de San Fernando de la Papanga en dirección a la estación de ferrocarril de Santo Tomás, adonde consiguieron llegar a la caída de la tarde, prosiguiendo sin detenerse hasta Minolín, barrio de San Francisco, donde llegaron en la madrugada del 15. A las primeras horas de la mañana de dicho día los tagalos atacaron con gran fuerza, consiguiéndose rechazarlos y apoderarse del embarcadero sobre el río, por donde poco después harían su aparición los cañoneros *Leyte*, *Arayat* y *España* que junto con el vapor mercante *Méndez Núñez* les estaban esperando y debían conducir a Macabebe a la columna. Tras un nuevo combate para despejar el terreno de enemigos e incendiar el barrio para proteger el embarque de la columna, a las ocho de la tarde salían las embarcaciones con las fuerzas de Monet río arriba, alcanzando Macabebe en la mañana del 16, uniéndose a los voluntarios que defendían el pueblo<sup>17</sup>. Hasta aquí la actuación del general Monet había sido correcta, pero una vez

---

<sup>17</sup> *Hoja de Servicios del General Monet*. En estas operaciones la columna de Monet tuvo cien heridos.

ARCHIPIÉLAGO  
FILIPINO



Plano del archipiélago filipino.

reunido a la familia de Augustí —esposa y tres hijas— parece que consideró que su obligación principal era encargarse personalmente de que llegaran sanas y salvas a Manila, olvidándose de que su primer deber era dirigir y mandar a sus soldados. Lo cierto es que el general, junto con su Estado Mayor, embarcó el 26 en el *Méndez Núñez* junto con algunos civiles, los heridos y la familia de Augustí y enarbolando bandera de la Cruz Roja hicieron rumbo a Manila, donde pudieron llegar el 27 a pesar de la vigilancia de la escuadra americana en la bahía, debido a lo brumoso de la mañana<sup>18</sup>.

Antes de marchar, el general Monet dispuso que el cañonero *Leyte*, llevando a remolque unos viejos *cascos*<sup>19</sup> sin timón, velas, ni remos, transportara el resto del personal<sup>20</sup>, decidiendo el coronel Francés, que había quedado al mando, que en el cañonero embarcaran los jefes y parte de los oficiales, haciéndolo en los *cascos* la tropa y el resto de los oficiales. Al entrar este convoy en la bahía, el mar estaba bastante movido, poniendo en graves dificultades a los *cascos*, por lo que, al llegar a las proximidades de Corregidor, el *Leyte* cortó las amarras del remolque, después de ordenar a aquéllos que echaran unos anclotes para detener su movimiento, continuando el cañonero en solitario en dirección a la ciudad. Sin embargo, tres botes se destacaron en ese momento del *Leyte*, dirigiéndose hacia los indignados tripulantes de los *cascos*, que muy pronto pudieron comprobar que se trataba del teniente coronel Dujols, que no quería abandonar a sus hombres, junto con algunos marineros y un oficial de la Armada encargados de dirigir las maniobras de aquéllos; por su parte el *Leyte* fue avistado muy pronto por un buque americano que se dirigió hacia él, momento en el que el cañonero enarboló bandera blanca<sup>21</sup>. El mar fue empeorando durante todo el día y, al llegar la noche, los abandonados *cascos* que marchaban a la deriva —pese a los anclotes— y que hacían agua por diversas grietas, estaban a punto de hundirse. Ante una situación tan desesperada el teniente coronel y el oficial de la Armada decidieron marchar en busca de auxilio en los botes, con-

---

<sup>18</sup> SASTRÓN, Manuel: *Op. cit.*, p. 455; TORAL, Juan y José: *Op. cit.*, p. 130. La actuación de Monet es muy oscura. Lo relatado figura en Sastrón, aunque Toral dice en su obra que Monet y la familia de Augustín embarcaron en varias barcas y el *Méndez Núñez* que salió al día siguiente llevaba al resto de civiles y heridos, pudiendo éste pasar gracias a la bandera de la Cruz Roja. Relato que coincide más o menos con el del propio general en su hoja de servicios.

<sup>19</sup> Embarcaciones rudimentarias filipinas.

<sup>20</sup> Seiscientos treinta soldados, veintiocho oficiales, diecisiete paisanos y quince frailes.

<sup>21</sup> TORAL: *Op. cit.*, pp. 133–134. Según este autor el *Leyte* cortó amarras porque el fuerte oleaje hacía presumir que los *cascos* naufragarían si intentaban llegar a Manila, por lo que el comandante del cañonero, previo acuerdo con los jefes embarcados en la columna, decidió rendirse y solicitar ayuda de los norteamericanos, siéndole negada.

siguiendo llegar a Manila al día siguiente; sin embargo, la autoridad de la ciudad consideró que era imposible prestar ningún socorro, ante lo que Dujols solicitó permiso para regresar con sus soldados, siéndole prohibido hacerlo. Por su parte, en los *cascos* la situación continuaba empeorando, por lo que los oficiales consideraron conveniente romper amarras y que cada uno procurara con sus medios llegar a tierra, lo que finalmente conseguirían hacer en territorio enemigo, siendo hechos prisioneros.

Mientras la columna del general Monet sufría las vicisitudes antes narradas, los restantes destacamentos de la Comandancia de Centro y Norte de Luzón seguían la suerte de los del resto de la isla, anegados por la ola ingente de indígenas sublevados o desertores de nuestras filas, ayudados por algunos soldados y clases peninsulares que, viendo la situación extremadamente peligrosa, también se pasaron a las filas enemigas, unas veces desertando y otras colaborando una vez hechos prisioneros. En Tarlac la guarnición resistió diversos ataques hasta que se les unió una columna procedente de Alaminos al mando del comandante González Llanos, formada por tres compañías indígenas, tres de cazadores, una sección de administración militar e impedimenta. Dicha columna había previamente alcanzado Bayambang, donde rompieron el cerco que sufría el comandante Ceballos y sus hombres, uniéndose a ellos; pero, una vez comprobada la falta de condiciones de Bayambang para continuar la resistencia, Ceballos decidió marchar hacia San Fernando con objeto de unirse a Monet, objetivo que no conseguiría, mientras González Llanos seguía para Tarlac. Alcanzado este puesto y unidas sus fuerzas a la guarnición que allí había, se continuó la resistencia hasta que, casi sin municiones ni alimentos y con numerosas bajas, el coronel Francés, mando del conjunto, decidió intentar romper el cerco y abrirse paso hacia Dagupán —lo que no se lograría— viéndose finalmente obligados a rendirse a finales de agosto. En la zona norte de Luzón, cuyos naturales eran tradicionalmente enemigos de los tagalos, la sublevación no prendió con tanta fuerza, aunque poco a poco, ante los éxitos de los insurrectos y la falta de respuesta de las tropas españolas, se fue incrementando el movimiento de rebeldía y, al igual que en el resto de la isla, nuestros destacamentos fueron cayendo uno a uno; así Nueva Écija se rindió después de una enérgica defensa dirigida por el comandante Génova, del 13 Batallón; en Ilocos, su comandante militar, capitán José Herrera, al tener noticias de la sublevación de La Unión, acudió con una pequeña columna batiendo al enemigo y manteniendo esta provincia para España hasta que, invadida por los tagalos y con más de ciento ocho bajas entre muertos y heridos —uno de ellos él mismo— tuvo que rendirse. Por su parte los defensores de Ilagan (capital

de la provincia de Nueva Isabela) la evacuarían el 1 de septiembre marchando a Boyombong (capital de Nueva Vizcaya) donde unidos a sus defensores aguantaron hasta el 11 de septiembre. Con la rendición de Boyombong, toda la isla de Luzón —excepto el puesto de Baler cuya defensa asombrosa duraría hasta un año después—, quedaba en poder de los tagalos.

Como ya se vio, el 7 de junio la capital del archipiélago quedaba aislada del resto de la isla, bloqueada por tierra por los hombres de Aguinaldo y por mar por la escuadra americana. La ciudad disponía, para aguantar el asedio, de una relativa abundancia de víveres, contando las existencias en los almacenes y tiendas particulares, para cuya recogida, distribución entre los defensores de los suministros necesarios y control de precios para su venta en la población, se había organizado una Junta Civil de Defensa; sin embargo, ésta no actuó nunca con la suficiente energía y sólo consiguió almacenar una mínima parte de los abastecimientos existentes, por lo que inmediatamente los precios se dispararon al quedar al arbitrio de los comerciantes. A partir del 8 comenzaron los ataques insurrectos a la línea exterior siendo rechazados fácilmente por las fuerzas que la defendían; por otro lado, ya desde estos primeros días del asedio, comenzaron a detectarse desertiones e intentos de sublevación por parte de las tropas indígenas, como el ocurrido el día 13 a las siete y media de la mañana, cuando un grupo de cuarenta carabineros que se hallaban destacados en la posición de Vitas atacó a sus mandos europeos, que consiguieron rechazarlo a costa de un oficial y dos sargentos heridos y un cabo muerto, huyendo aquéllos a continuación hacia la ciudad, donde consiguieron reducirlos las fuerzas que los perseguían. Igualmente hay que señalar que el día 15, ante la excesiva extensión de la línea de defensa del sector de la izquierda para los efectivos existentes, se llevó a cabo una reducción de la misma, abandonando las fuerzas del teniente coronel Carbó el pueblo de Caloocan y estableciendo sus avanzadas en el puente de Maipejos. En los últimos días de este mes se recibió la noticia que una escuadra española con refuerzos se preparaba en Cádiz para salir en dirección al archipiélago, lo que llenó de esperanza a los sitiados de Manila; sin embargo, como contrapartida, también se supo que habían llegado a Yokohama barcos de transporte americanos, en los que venían las tropas necesarias para iniciar las operaciones en tierra.

El 30 de junio comenzaron a desembarcar en Maytubig (pueblo próximo a Cavite) las primeras tropas norteamericanas al mando del brigadier Thomas M. Anderson y en sucesivas expediciones, entre el 17 y 21 de julio, lo haría la Brigada Greene, haciéndolo el 25 de julio el general Wesley

Merrit, que tomaría el mando de las operaciones<sup>22</sup>. En un principio las dos brigadas citadas quedaron detrás de las líneas filipinas, dedicándose a hacer instrucción y prepararse para intervenir en el conflicto, por lo que el peso del sitio de Manila continuó siendo llevado por los tagalos, que continuarían con sus ataques diarios a las líneas españolas. Durante los cuatro últimos días de junio estos ataques se centraron sobre el blocao de Santolán, situado fuera de la línea de defensa para proteger los depósitos de agua que suministraban a la ciudad, consiguiendo finalmente el 31 aislarlo de las posiciones situadas a su retaguardia. Para restaurar la situación y reparar si era posible las máquinas —llevaban tres días averiadas— el día 1º de julio se organizó una columna al mando del teniente coronel Colorado, a la que acompañaba personal de Ingenieros al mando del comandante Las Heras. Ésta, apoyada por artillería, consiguió alcanzar Santolán, si bien no pudo reparar las máquinas, por lo que se retiró en unión de la fuerza allí destacada<sup>23</sup>. A pesar de este abandono, la ciudad no careció de agua durante el resto del asedio por tener otro depósito dentro de sus líneas y caer abundantes lluvias en todo este tiempo.

En el transcurso de la primera quincena de julio la situación continuó sin grandes alteraciones, salvo la intensificación del fuego artillero sobre nuestras posiciones. Uno de los combates más importantes sería el de la noche del 6 al 7, llevado a cabo para facilitar la huida de cuarenta y nueve hombres de los voluntarios de Papanga —que se encontraban en Tondo— y ciento treinta de la milicia de Montalbán, de la compañía que guarnecía Santa Ana, de la que sólo se mantuvieron fieles su capitán Licerio Jerónimo y unos pocos hombres. Felizmente la reacción de los europeos que había en estas posiciones y en las inmediatas fue muy brillante, consiguiendo rechazar el ataque y hacer numerosas bajas entre los hombres que desertaban. El día 7 se presentaba en la bahía de Manila el mercante español *Compañía de Filipinas*, cuya tripulación tagala se había sublevado cuando se dirigía a Hong Kong, asesinando al capitán y a sus oficiales y enarbolado bandera insurrecta. Con dicho barco y algunos pequeños buques que tenía en su poder, el Presidente Aguinaldo formaría lo que denominó su Marina de Guerra. Su primera misión sería ir contra Ologanpó (Subic), donde creían que se mantenía una guarnición española de la Armada; aunque ésta, considerando que allí no podía

---

<sup>22</sup> GÓMEZ NÚÑEZ: *Op. cit.*, pp. 197–200. Según el autor constituían la *Brigada Anderson*: el Regimiento de Voluntarios de Oregón y los de Infantería 23 y 24, mas unidades de Artillería de California, Ingenieros y Servicios; la *Brigada Greene* se componía del Regimiento 18 de Infantería y los de Voluntarios 1º de California, 1º de Colorado, 1º de Nebraska y 10º de Pensilvania, además del 3º de Artillería, dos batallones de Voluntarios de Artillería de Utah y una compañía de Ingenieros.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 211. La operación costó tres muertos y quince heridos.

defenderse de las masas de insurrectos que la acosaban, se había retirado a la isla de Malaquit junto con el personal civil y familias de la zona —en total unas seiscientas personas—, los cuales fueron intimidados a la rendición sin condiciones por los buques tagalos. Mientras la pequeña guarnición deliberaba sobre la resolución a adoptar, apareció el buque de guerra alemán *Irene* que, al ver los buques y su bandera, les exigió que se retiraran, so pena de tratarlos como piratas, ya que Alemania no había reconocido aún a la República de Filipinas. Sin medios con que responder a un ataque del buque alemán, los barcos tagalos salieron a toda máquina de la bahía, mientras la tripulación del *Irene* recogía al personal civil de Olongapó que trasladó a Manila. Posteriormente, cuando ya había marchado el alemán, aparecería de nuevo el *Compañía de Filipinas* junto con un barco norteamericano, el cual (sin mediar comunicación) hizo fuego sobre las tropas españolas y a continuación solicitó su rendición; el comandante de la guarnición, al considerar que no tenía medios con los que defenderse, se entregó a los americanos quienes, faltando a lo tratado, los entregaron a los filipinos.

En la segunda quincena de julio arreciaron los tagalos sus ataques, sosteniéndose en todos los sectores duros combates; el 22 se notó por primera vez la presencia de soldados americanos próximos a las posiciones de los insurrectos, aunque no intervinieron directamente en la lucha. Dicho día se produjo un duro combate entre el camino de San Pedro de Macati y el blocao 11, uno de los puntos más débiles de la línea de defensa, consiguiéndose rechazar al cnemigo. También, durante varios días, los tagalos atacaron la zona entre San Antonio Abad y el blocao 14, que se vio gravemente amenazado, debiendo ser auxiliado el día 27 por tropas de reserva de cazadores y los voluntarios que quedaban del Tercio Anda Salazar, mandados todos por el teniente coronel Dujols, que tras muchas horas de combate obligarían al enemigo a retirarse. El día 30 se producía otro fortísimo ataque entre los blocaos 13 y 15, consiguiendo los filipinos emplazar una batería de 8 cms. frente a nuestras posiciones, pero un enérgico contrataque les obligó a retirarla. Finalmente, el 31 se produciría el primer encuentro con tropas americanas, que el 29 habían entrado en línea frente a la zona de San Antonio Abad; la acción se reduciría a un intenso intercambio de fuego que costó a los americanos diez muertos y cuarenta y tres heridos, frente a un muerto y cinco heridos propios<sup>24</sup>. Por su parte,

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 215. De acuerdo con los datos del autor (p. 216) durante todo este mes se consumieron ochocientos cincuenta y ocho mil quinientos veintiséis cartuchos de Mauser, trescientos noventa y dos mil dieciocho de Remington, cuatro mil novecientas cincuenta y ocho granadas, ciento sesenta y ocho botes de metralla y trescientas cuarenta y cinco bombas entre incendiarias y explosivas, lo que da idea de la dureza de los combates.

la moral de la población civil de Manila, sujeta ya a duras restricciones alimentarias y amenazada por el fuego de la artillería enemiga, sufriría un duro golpe en los últimos días de julio tras conocer la derrota de la escuadra de Cervera en aguas de Santiago de Cuba y después el regreso a Cádiz de la escuadra del almirante Cámara, por no haber dado los ingleses autorización para que cruzara el Canal de Suez.

El comienzo del mes de agosto sólo supuso el progresivo agravamiento de la situación: el continuo hostigamiento por el fuego proseguía a todas horas y los intentos de sorprender a los defensores con un ataque que rompiera sus líneas se sucedían continuamente. En los hospitales se encontraban novecientos noventa y ocho enfermos y ciento ochenta y ocho heridos, todos ellos graves, pues los leves y los enfermos con úlceras o inflamaciones en los pies o con fiebre se encontraban en las trincheras. La tropa tenía de ración un día de galleta y otro de arroz y manteca; la harina se reservaba para los heridos; la munición empezaba a escasear y sólo gracias al concurso de las milicias locales y movilizadas que se situaban en segunda línea –en total dos mil ochocientos sesenta y siete hombres–, las tropas podían guarnecer las posiciones de primera línea y puntos principales en un servicio continuo, pues no existía la posibilidad de relevarlas<sup>25</sup>. Mientras esto sucedía en Manila, y los americanos reforzaban las dos brigadas que habían llegado hasta aquel momento con otra al mando del general Mac Arthur, llegó a la Capitanía General un telegrama oficial del Gobierno español ordenando el inmediato cese del Capitán General y su sustitución con carácter accidental por el segundo cabo, general de división Fermín Jáudenes Álvarez<sup>26</sup>. Indudablemente, el general relevado había demostrado a lo largo de su período de mando una completa falta de decisión y de iniciativa, que habían aumentado aún más las terribles dificultades que representaba hacer frente a un ataque americano y una sublevación general sin medios para hacerlas frente. Sin embargo, aquella sustitución frente al enemigo, en una ciudad sitiada y casi sin esperanza de recibir refuerzos, no era lo más apropiado para mantener la moral de las tropas y población de élla. En consecuencia, dicha orden puede considerarse un monumental error, tanto más cuando la resistencia de Manila podía ser una baza en las conversaciones que ya se habían iniciado con los americanos y el Gobierno debía sospechar

---

<sup>25</sup> *Ibídem* p. 216–217.

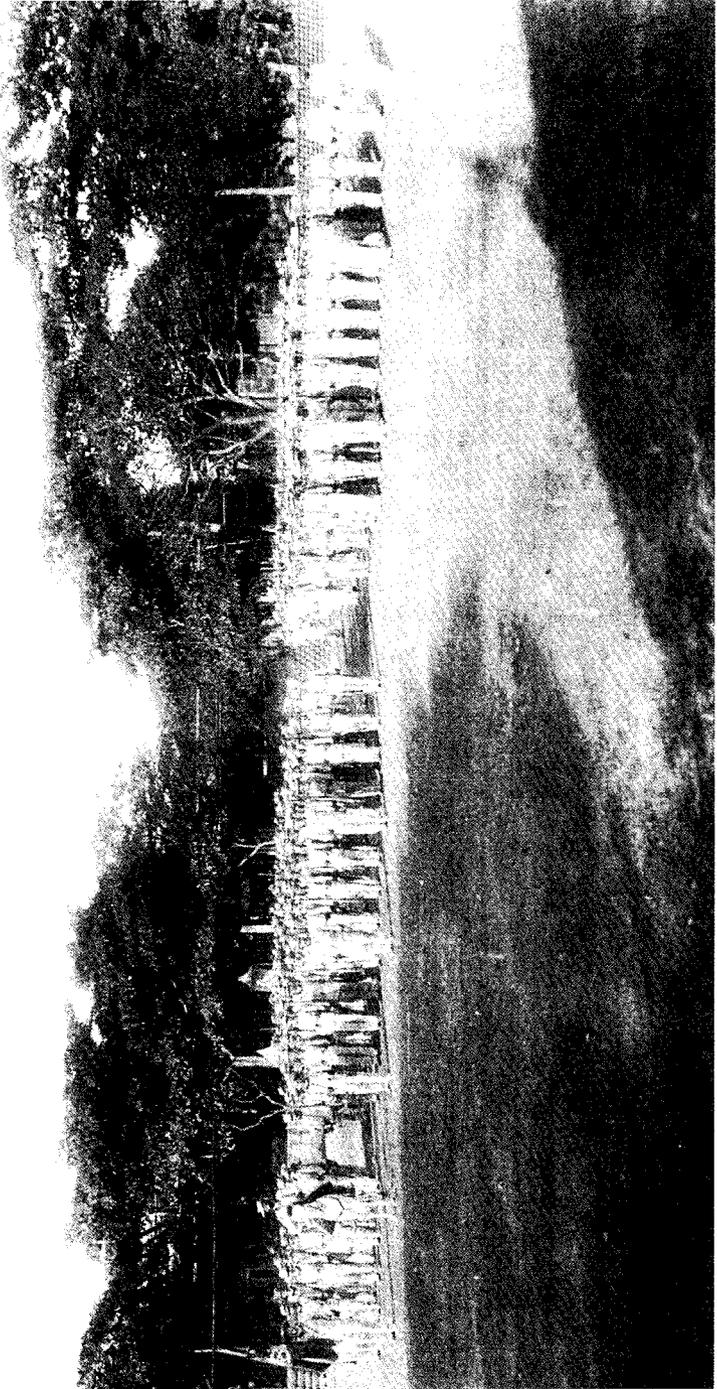
<sup>26</sup> SASTRÓN: *Op. cit.*, p. 479. El relevo pudo ser provocado por el telegrama oficial enviado por Agustín a Madrid el 23 de julio en el que, tras enaltecer la resistencia de Manila, exponía la situación como insostenible si no recibía refuerzos; por otra parte, se quejaba de que el Gobierno no le hubiera comunicado las derrotas españolas en Cuba y silenciado el comienzo de negociaciones con los americanos.

que este relevo motivaría que, los ya decaídos animos de tropa y población, se vinieran estrepitosamente abajo, obligando al nuevo mando del archipiélago a una rápida capitulación. En cumplimiento de la orden citada, el general Jáudenes se hacía cargo del mando el día 4, y el 5 publicaba una Orden General en la que intentaba levantar el ánimo de los sitiados, si bien en ella no ocultaba lo grave de la situación. En estas mismas fechas los americanos se concentraban para dar el asalto final a Manila junto a todas las fuerzas de Aguinaldo, que habían terminado prácticamente con las restantes guarniciones españolas de la isla de Luzón; frente a ellas las fuerzas sitiadas en la capital de Filipinas habían disminuido de una forma notable desde el comienzo del asedio (cuadro 4).

CUADRO 4  
DISTRIBUCIÓN DE FUERZAS EN MANILA EL 6 DE AGOSTO

ZONA	JEF.	OFIC.	ASIM.	TROPA		
				Euro.	Indíg.	Total
Sector derecho	8	81	2	1499	421	1920
Sector izquierdo	5	72		1008	553	561
Sector centro	6	58	1	831	239	1070
Colum. Santa Ana	1	23		422	163	585
Colum. S.J. del Monte	2	16	1	521	43	564
Colum. Volante Malate	1	12		433	1	434
Arrabales Manila	8	42	7	500	699	1199
Intramuros	21	144	17	1371	1454	2825
Hosp. y otras bajas	4	27	1	1071	208	1279
Dests. plaza y cuer.	11	50	3	726	1169	1895
<b>TOTALES</b>	<b>67</b>	<b>525</b>	<b>32</b>	<b>8382</b>	<b>4950</b>	<b>12332</b>

El día 7 el general Jáudenes recibía, a través del cónsul inglés, una comunicación del mando americano, en el que se le anunciaba que, a partir de las cuarenta y ocho horas siguientes ,comenzaría su ataque en fuerza contra la ciudad, al objeto que tomara las medidas pertinentes para evacuar la población civil y evitar así que sufriera daños en el ataque. A esta comunicación contestó por la misma vía Jáudenes que le era imposible hacerlo, por estar Manila cercada por los insurrectos, lo que le impedía evacuar a dicha población a un lugar seguro. El 9 un nuevo mensaje americano pedía la rendición de la ciudad por razones humanitarias, en vista de lo manifestado por Jáudenes en su comunicación anterior, señalando que su honor militar quedaba salvado por la resistencia realizada hasta la fecha. A esta



*Batallón de leales voluntarios de Filipinas.*

petición contestó el mando español solicitando un plazo para consultar al Gobierno, negándose a ello Dewey y Merrit en mensaje del día 10. Finalmente, el día 13, sobre las nueve de la mañana, la escuadra americana se puso en movimiento enarbolando bandera de combate y se dirigió pausadamente hacia el fortín de San Antonio Abad, abriendo fuego al llegar a la distancia eficaz de tiro, aunque fuera del alcance de la artillería española. El destructor fuego enemigo se concentró sobre las obras de la primera línea defensiva –sobre la ciudad no se disparó–, que en gran parte quedó destruida, ante lo que las tropas que guarnecían algunos sectores se replegaron sin orden del mando correspondiente. Esta retirada dio lugar a un principio de desorganización que obligó al resto de la primera línea a retirarse hasta la segunda línea de defensa, mientras americanos y tagalos se apoderaban de las posiciones abandonadas sin oposición. La precipitación y falta de enlace con que se produjo el repliegue, dejó una zona de la segunda línea sin ocupar, lo que fue aprovechado por el enemigo para introducirse en ella, aunque gracias a algunos contraataques locales se consiguió recuperar algunos de los puntos perdidos. A pesar de ello quedó en poder del enemigo el espacio suficiente para introducirse por él y aproximarse a la ciudad murada.

A las once y media cesó el fuego y desde el buque almirante se intimó a la rendición sin condiciones, lo que Jáudenes aceptó izando bandera blanca en su puesto de mando. Sin embargo, la rendición no había sido comunicada a las tropas que defendían la ciudad del ataque terrestre, por lo que hubo bastante confusión hasta que se tuvo conocimiento del hecho, dando lugar por otra parte, a que los norteamericanos ocuparan prácticamente la ciudad cuando aún se estaba tratando sobre las condiciones de la capitulación. Firmada ésta a media tarde, las tropas españolas comenzaron a entregar su armamento a las unidades norteamericanas que entraban en la ciudad y que impidieron a los tagalos hacerlo intramuros, mientras que la bandera americana comenzaba a ondear sobre los edificios oficiales<sup>27</sup>. Los hermanos Toral explican así, en su obra, aquellos momentos en los que se ponía fin a la presencia de España en Filipinas : *Salí del Ayuntamiento y sin saber por qué me dirigí a la Fuerza de Santiago, llegando en el preciso momento en que la bandera española era arriada enarbolándose en su sitio el pabellón estrellado. Yo no puedo explicar lo que sentí; se me doblaron las piernas; una nube de fuego paso por mis ojos; contuve mis lagrimas, reprimí mis sollozos para que no se mezclaran a las carcajadas y hurras de los americanos y huí precipitadamente de aquel sitio maldito. El sacrificio está con-*

---

<sup>27</sup> GÓMEZ NÚÑEZ: *Op. cit.*, p. 233. Las bajas españolas durante el asedio fueron de cuarenta y nueve muertos y trescientos heridos.

*sumado; la augusta enseña que clavara en la ciudad de Manila el robusto brazo de Legazpi, ha caído al suelo desde las débiles manos de nuestras autoridades. Ya no contengo mi llanto. ¿Para que?<sup>28</sup>.*

Después de la capitulación, se supo que el día 12 estaba firmado el Protocolo de Washington que sancionaba el armisticio, prólogo de las conversaciones de paz, lo que seguramente explica la negativa norteamericana a que Jáudenes consultara con Madrid, pues de haberlo hecho, se hubiera conocido la noticia oficialmente y Manila no habría podido ser atacada por los norteamericanos, con lo que se hubiera tenido una base firme para la negociación. Posteriormente –el 10 de diciembre– se firmaba el Tratado de París por el que España se veía obligada, además de reconocer la independencia de Cuba, a vender a Estados Unidos Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam (la mayor de las Marianas), manteniendo la posesión del resto de este archipiélago, el de las Marianas y las Palaos, que más tarde serían vendidas a Alemania. Por no haberse detallado claramente los límites también quedaron en poder de España las islas de Sibutú y Cagayán de Joló en el archipiélago filipino, cuya venta a Estados Unidos se llevaría a cabo en 1900.

Tras la capitulación de Manila los norteamericanos tomaron inmediatamente posesión de la ciudad, nombraron al general Anderson para el mando del distrito de Cavite y a Mac Arthur gobernador militar y civil de Manila, dando la orden de que las tropas filipinas evacuaran la ciudad y sus arrabales. Por su parte, las tropas españolas rendidas en Manila sufrieron los rigores de su destino. Sin embargo, mucho más duras serían las condiciones de vida de los prisioneros, en manos de los filipinos, desparramados por toda la isla de Luzón: éstos estuvieron a merced de la bondad o dureza de los jefecillos de partida que se habían apoderado de ellos, agravándose su situación por la pobreza imperante en el país después de dos años de guerra; por el deseo de muchos tagalos de humillar a quienes durante años habían envidiado o bien vengarse de las muertes o prisiones que habían padecido ellos o sus familiares con motivo de la insurrección. Todo ello motivó que la situación de los nueve mil presos españoles fuera en general muy dura, aunque poco a poco el Presidente Aguinaldo y su Gobierno conseguirían ir controlando la situación y suavizando los rigores de la cautividad. Finalmente, se alcanzaría la libertad de los prisioneros que quedaban gracias a los trabajos de una comisión hispano-filipina formada por el ex gobernador civil Antonio del Río, el comandante de Estado Mayor Enrique Toral y el dele-

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 190-191.

gado del gobierno filipino Enrique Marcaida<sup>29</sup>; aunque, anteriormente, ya la labor del comandante José Génova Iturbe, encargado por el general Ríos —mando español de las fuerzas de Filipinas tras la capitulación— de conseguir el rescate de los prisioneros, había conseguido que algunos de ellos pudieran regresar a España<sup>30</sup>.

Perdida toda la isla de Luzón, quedaban sin embargo guarniciones españolas en otras islas del archipiélago que los norteamericanos no intentaron ocupar de momento, aunque el movimiento separatista tagalo había ido poco a poco tomando cuerpo en ellas a medida que llegaban noticias de las victorias de los insurrectos en Luzón; de todas, la más importante era la de Mindanao, cuya guarnición se componía de dos brigadas teóricas al norte (Iligan) y sur (Zamboanga) de la isla al mando de un general de división. Aunque en realidad las fuerzas allí destacadas eran en 1898 tres regimientos indígenas, compañías de tiradores *moros*, un escuadrón de Caballería (indígena), un batallón de Cazadores, dos o tres compañías de Infantería de Marina, un batallón de plaza, una batería de montaña de Artillería, la unidad disciplinaria, Ingenieros y Servicios, así como una pequeña fuerza naval. Con parte de estas fuerzas, el general Ríos, Gobernador Militar, había ayudado, en abril de este año, a dominar la rebelión de Cebú, tras cuyo aplastamiento recibió órdenes de hacerse cargo también del gobierno de las Visayas<sup>31</sup>. La guerra con los Estados Unidos reactivó la insurrección en estas islas, por lo que al considerar que el posible ataque norteamericano iría contra Luzón, organizó una columna de setecientos cincuenta indígenas y doscientos cincuenta europeos<sup>32</sup>, de la que tomó el mando y, embarcándose en los buques que tenía a su disposición, recorrió las Visayas, pacificándolas y haciendo a los insurrectos numerosas bajas. Terminadas estas operaciones el 27 de mayo con la completa sumisión de la isla de Panay, se mantuvo en ella en espera de órdenes, pues había perdido el enlace con Augustí el 22 del mismo mes. El 30 de junio recibía una comunicación del Ministro de la Guerra por la que se le concedían atribuciones de Capitán

<sup>29</sup> MARTÍN CEREZO, Saturnino: *La pérdida de Filipinas*. Madrid, Edic. 1992. p. 184.

<sup>30</sup> Existen bastantes relatos de las experiencias de los españoles presos por los tagalos como el del teniente Verd Sastre ya citado (ver nota) y la obra de Carlos Rías Bajas: *El desastre español. Memoria de un prisionero*. Barcelona. 1899. En ellas se habla de los sufrimientos que padecieron y de las vicisitudes pasadas hasta que fueron rescatados, unas veces por los norteamericanos al entrar en campamentos filipinos durante la guerra que mantuvieron con éstos y otras por las gestiones de la comisión española.

<sup>31</sup> En las islas más importantes de las Visayas, así como en las Carolinas, quedaban también pequeñas guarniciones, en general de Infantería de Marina.

<sup>32</sup> *Hoja de Servicios del General Ríos*. La fuerza era una compañía de Cazadores, una del 69, otra de Tiradores, una de Artillería, dos de Ingenieros, cincuenta jinetes y dos cañones.

General para Mindanao y las Visayas mientras se mantuviese la incomunicación con Manila; posteriormente se le ampliaron las atribuciones para todo el archipiélago excepto Luzón, isla que se incluiría tras la rendición de la capital. Con las fuerzas a su mando consiguió mantener la enseña española en Mindanao, Concepción, Negros y Cebú, a pesar de los intentos tagalos de desembarcar en ellas para sublevarlas, atendiendo también a evacuar las pocas guarniciones que resistían en el sur de Luzón, así como dispersar con sus pocas cañoneras y un mercante la escuadrilla tagala que se movía por aquellas aguas. Al conocerse la noticia de la cesión de la soberanía española sobre Filipinas a los Estados Unidos tuvo que hacer frente a una sublevación general, incluidas la mayoría de sus fuerzas indígenas, debiendo desarmar a las que no lo hicieron por no fiarse de ellas. Pese a todo, con las tropas españolas que le quedaban se mantuvo en Ilo Ilo (Visayas) hasta que, cumpliendo órdenes del Gobierno, pasó a Zamboanga con todas sus efectivos y medios, ordenando asimismo el abandono de las Visayas, Paragua y el norte de Mindanao, lo que se llevó a cabo sin dejar en ellas ni material utilizable, ni un prisionero. El día 30 de diciembre de 1898 se trasladó a Manila —también por orden del Gobierno— dejando al mando de las fuerzas de Zamboanga al general Montero. Durante su permanencia en la capital del archipiélago conseguiría del Gobierno de la República de Filipinas que el 23 de enero se publicara un decreto ordenando la liberación de los civiles y militares enfermos españoles prisioneros. Asimismo, preocupado por las noticias que le llegaban del maltrato que recibían nuestros mandos y soldados, envió al comandante Génova para que se introdujera en territorio tagalo y procurara su liberación<sup>33</sup>. Enterado que el 10 de mayo Zamboanga había sido atacada por sorpresa causando la muerte del general Montero, embarcó para dicho punto con sus ayudantes, sin aceptar la ayuda norteamericana, haciéndose cargo al llegar de la guarnición, con la que atacó y derrotó a los *moros*, obligándoles a someterse nuevamente a su autoridad. Conseguido esto dispuso la entrega de esta parte de Mindanao a los norteamericanos, tras lo que embarcó la fuerza en el vapor *León XIII* y se replegó con ella a Manila, desde donde embarcaba para España el 3 de junio, dejando el mando de las escasas fuerzas españolas, que aún quedaban sin repatriar, al general Jaramillo.

---

<sup>33</sup> RÍAS BAJAS, Carlos: *Op. cit.* Acusa a lo largo de su obra a este general de favoritismo en sus intentos de rescatar a los prisioneros, olvidándose de los soldados.

Saturmino Martín Cerezo, en la página 233 de su citada obra, dice que este autor es el mismo que dio crédito a las afirmaciones de uno de los desertores de Baler y aseguró en un artículo publicado en *El Nacional* de Madrid, en mayo de 1899, que el teniente Martín Cerezo, jefe de la defensa, había asesinado al Capitán Las Morenas y que por eso no se rendía.

Este artículo, que narra una triste página de la Historia de España, se debería finalizar con el relato de la gesta de Baler, uno de los hechos *donde los españoles dieron cima a una de las hazañas bélicas más asombrosas entre las acometidas por los hombres de cualquier época y país*<sup>34</sup>; sin embargo, se considera suficientemente conocido y estudiado el sitio de Baler para intentarlo encerrar en unas pocas líneas, por lo que no se incluye aquí. Aquellos cincuenta soldados y sus mandos no podían creer que España hubiera sido derrotada y que Manila había caído en manos de los norteamericanos, cuando ellos no habían recibido ninguna comunicación de abandonar su puesto; así que, refugiados en la iglesia del pueblo, resistieron trescientos treinta y siete días el cerco de los tagalos, casi sin víveres, sin hacer caso a las incitaciones a una rendición honrosa y menos a las noticias de que España había abandonado la lucha. Esta hazaña asombrosa, más que por la violencia del cerco por la presión psicológica de un aislamiento de un año de duración, fue seguramente debida a esa cualidad del español, tantas veces demostrada a lo largo de la Historia, de no rendirse aunque se haya perdido toda esperanza de triunfar. Sencillamente, el teniente Saturnino Martín Cerezo y sus hombres no conocían la palabra rendición y por eso fueron los únicos españoles que no conocieron la derrota del 98 y dieron un digno final a la presencia de España en Ultramar. Este fue el espíritu del soldado español que luchó en Cuba y Filipinas: su pérdida no se les puede achacar, pues combatieron más allá de lo imaginable por su bandera y por mantener aquellas tierras para España, aunque ellos no comprendieran las razones por las que tantos otros jóvenes se libraban de aquella terrible guerra pagando un poco de dinero. Si a pesar de ellos se perdieron, sólo se puede sentir admiración por su valor y pena por el sacrificio inútil que realizaron por su patria.

---

<sup>34</sup> FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo y MARCH, Susana: "Héroes de Filipinas", en *Episodios Nacionales Contemporáneos*, 2º tomo. Barcelona, 1963, p. 143.

## BIBLIOGRAFIA

- Anuarios Militares de 1898 y 1899.
- Colecciones de Diarios y Revistas: *La Ilustración Española y Americana*; *El Noticiero de Manila*; *El Diario de Manila*; *La Correspondencia Militar* (años 1898 y 1899).
- Colección Legislativa de 1898 y 1899.
- ANÓNIMO: *Diario de la Guerra Hispano Americana*. Méjico, 1899.
- ARCHIVO GENERAL MILITAR DE SEGOVIA: Hojas de Servicio de diversos generales y oficiales.
- GÓMEZ NÚÑEZ, Severo: *La guerra hispano norteamericana. Puerto Rico y Filipinas*. Madrid, 1902.
- FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo y MARCH, Susana: *Héroes de Filipinas*. Madrid, 1963.
- MARTÍN CEREZO, Saturnino: *La pérdida de Filipinas*, Madrid, 1992.
- MARTÍNEZ CAMPOS, Carlos: *España Bélica. Siglo XIX*. Madrid, 1978.
- MÁS CHAO, Andrés: *La pérdida de Filipinas. Historia de una guerra olvidada*. Pendiente de publicación.
- NEGREIRA POSETS, Juan: *La guerra en Filipinas según el Teniente Verd Sastre*. Inédito.
- PRIMO DE RIVERA, Fernando: *Memoria dirigida al Senado sobre su mando en Filipinas*. Madrid, 1898.
- REVERTER DELMÁS, Ernesto: *La insurrección en Filipinas*. Barcelona, 1899.
- RÍAS BAJAS, Carlos: *El desastre español. Memorias de un prisionero*. Barcelona, 1899.
- RIVAS FAVAL, Pedro: *Historia de la Infantería de Marina española*. Tomo II. Madrid, 1985.
- TORAL, Juan y José: *1898. El sitio de Manila. Memorias de un voluntario*. Manila, 1899.
- SALINAS Y ANGULO: *Defensa del General Jáudenes*. Madrid, 1899.
- SASTRÓN, Manuel: *La insurrección en Filipinas y guerra hispanoamericana en el Archipiélago*. Madrid, 1901.